

AGUA PASADA

POR CONCHA LAGOS

Le aseguro que no tengo nada en contra de sus historias, pero uno lleva ya la suya tan liada que no es cosa de enredarla más. De todas formas, en parte, en lo que se me alcanza, estoy de acuerdo. Por ejemplo: también yo creo que de lo poco que se puede hablar con holgura es del ayer. ¿Ve cómo me avengo a entrar en su terreno, que no le rehuyo? Claro que mejor sería hablar del mañana. Eso tendría más agarraderas, a condición, claro, de pronosticar de buena fe. Quiero decir en serio y sin parruchas. Desgraciadamente la casta de los profetas no parece haber arraigado en la tierra. El presente, si bien se mira, tampoco da para mucha plática. ¡Se nos va tan sin sentir! ¡Menudo aire lleva! Nuestra propia historia no empezamos a barruntarla hasta que andamos doblando las últimas esquinas y, aún así, se nos queda mal pergeñada. Quieras que no, siempre se deforma, supongo que depende del punto de mira y de los años, que no reparan en echarle más niebla de la cuenta a lo de por dentro... También las historias de los otros se nos escapan, aunque hayan quemado sus días a la par de los nuestros y pasado por trances parecidos. Es que a lo ajeno solemos ponerle menos atención, hasta lo apartamos con disimulo a un lado... Por mucho que se diga, el egoísmo y la pretensión mandan. Nadie le cede al prójimo, así, por las buenas, los primeros planos.

Puede que en verdad ande equivocado; tanto me lo afirma que ya ni se lo discuto. Va para mucho que me adormecí en la indiferencia, que remonté esa cuestecilla, tras la que, incluso el desasosiego se nos queda menguado y como fuera de tiempo...

Todo esto confirma lo que le he dicho un centenar de veces: que nada tengo en contra de sus historias, aunque, puesto a torcer la voluntad del lado de las preferencias —caso de que todavía tenga alguna—, es natural que la incline por este otro, que es el que me va, por lo mucho que tiene de apartadero, sin cábalas ni maquinaciones. De propia voluntad me lo escogí, por ver de componer el ánimo, que tan sin barajuste lo llevaba...

Yo, don Pascual, si he de hablarle con franqueza, no creo sacar ya ningún provecho de esos sucedidos. Tengo mucha andadura a la espalda y me sobra con lo que me fui topando por el camino, con los propios aconteceres... ¿Quiere un cigarro? Aunque me tache de machacón, vuelvo a

repetírselo: lo pasado, pasado, y ni siquiera con miras a lo de “borrón y cuenta nueva”. ¡Libreme Dios! —igual puede decir ¡libreme el diablo!, pero he querido tenerle esta deferencia—. Ahora empalmo otra vez el hilo. Le decía que ni siquiera con miras a lo de la cuenta nueva. ¡Mucha verdad tendría que lloverme! Así y todo, de aceptar, sería con la condición de que esa vida nueva me la dejaran escoger a mi antojo y, por sobre todo, que fuera mía desde el principio. Quiero decir sin condicionármela, sin historias ni sucedidos remotos, sin caminos trazados. Puesto a pedir, sin el ajuste de los días, esa negrura del fin que nos mete el resuello en lo más hondo de las entretelas. Disculpe, don Pascual, que no hay intención de ofensa en lo que digo. Yo me precio de respetar al prójimo, por eso admito que lo suyo sea ir encarrilando ovejas y ensartando letanías, como lo mío, aunque a su ver por trochas descarriadas, es llevar el sentir hacia el propio razonar. ¡Qué quiere! Todo eso se me hace cosa de poco asidero y como sin sustancia... Disculpe otra vez. Como ve, no tengo arreglo, o me callo o digo todo lo que me bulle. Hoy por hoy, para mí, lo palpable es lo del pudrirse y, mientras no le encuentren remedio al trance, seguiré en mis trece, reconociendo, eso sí, que pueda andar errado. No sé si me explico. Hasta de hablar se pierde la costumbre. Es que estamos ya tan hechos a tener la boca cerrada, que lo raro es no habernos muerto de asfixia.

Usted, don Pascual, siga encarrilando ovejas y dándole al rezo, pero no me sermonee de por vida. Yo, como ve, no le hago mal a nadie. Hubo un tiempo en que tan recomido estaba de oír desatinos y torceduras, que sentí deseos de ponerme a gritar como un loco. Aquello pasó, créame. Ahora sólo me digo: ¡Cuándo lo aguantan será por eso de que sarna con gusto...! Es mejor que nos separemos sin porfías. Usted siga a lo suyo, que no he de ser yo quien le ponga el veto. A mí, ya se lo he dicho. El agua pasada no me mueve el molino. Prefiero seguir en mi madriguera, con mi silencio que, aunque usted no lo crea, también tiene música, como sus letanías... No se me vaya de mal talante, don Pascual. Es más, si se tropieza por ahí con alguien que tenga en su contar algo nuevo sobre el mañana, échemele acá, que no quiero perderme la coyuntura. Mi vivir esquinado no quiere decir que cierre ojos y oídos a todo paridero de agua nueva. Siempre, claro, que la cosa tenga peso y no sea contra razón...